

# LA PRIMERA EDAD.

## SUMARIO.

Las obras de misericordia, redimir al cautivo.—Una Hermana de la Caridad.—A la Virgen María.—Amor de hija.—El perdón de una ofensa.—Modas.—Cuentos de Schmid.—Explicación del figurín iluminado.—Anuncio.

### LAS OBRAS DE MISERICORDIA (I).

#### VI.

##### REDIMIR AL CAUTIVO.

##### I.

Tula es, queridos niños, una niña angelical, hija de un rico hacendado, propietario de un extenso ingenio de la isla de Cuba. Tula ha nacido bajo el sol de los trópicos: su belleza es grande, su alma de ángel, ya os lo he dicho.

Viviendo en la riquísima propiedad de su padre, viendo á cada momento á sus infelices esclavos sufrir el látigo de los mayores, Tula ha visto encarnarse en su alma un sentimiento grande; la redención de los desgraciados negros, víctimas de la esclavitud.

Si la conocierais podríais apreciar cuán grande es su alma, cuán elevados sus sentimientos, cuán

inagotable su caridad. Por esto, ella no puede avenirse con la idea de que esos semejantes suyos puedan vivir sin libertad, sumidos en la peor de las ignorancias, sometidos al peor de los despotismos.

Su padre tiene esclavos numerosos: entre ellos hay dos que merecen su particular protección. ¿Quiénes son ellos?

Son dos niños: él se llama Pancho; ella se llama María. Son hermanos, y aunque esclavos, son los amigos de Tula.

Cuál es el origen, la causa de esa amistad, voy á decíroslo.

Hace algunos meses, la linda niña, mi amiguita hoy, paseaba por una de las calles que entre sí dejaban los plantíos de caña de azúcar: de repente el llanto de una mujer, el llanto de una madre, resonó á espaldas de la niña.

Tula corrió al sitio donde tal sucedía, y una pobre negra con dos niños se presentó á su vista. La negra, fatigada, habíase sentado á descansar rodeada de sus hi-

(1) Véanse los números de Abril, Mayo, Junio, Agosto y Setiembre.



jos. ¡ Ah, queridos niños, ella no tenía hijos, ella no era dueña de sentarse á descansar! Bien pronto un mayoral se lo hizo comprender de un modo violento : por esto el llanto de la negra, por esto las lágrimas de la madre.

Tula no podia sufrir semejantes crueldades, y guiada de un generoso sentimiento corrió á su padre á pedirle la proteccion de los dos niños, de Pancho y de María.

Por esto ellos son sus amigos, sus protegidos ; por esto ella no tiene para ellos más que un deseo, conseguirles la libertad.

## II.

Magnífico salon tiene la suntuosa propiedad de D. Luis Carvajal, el padre de Tula. En él se encuentra éste, sentado en cómodo sillón atentamente leyendo un periódico.

¿ Y su linda, su graciosa hija?

Vedla, cuál entra y se dirige á los brazos de su padre.

Ambos conversan despues del beso paternal depositado en la pura frente de la niña ; oigamos sus palabras, tal vez nos interesen.

— Padre, dice Tula, quiero me concedais la libertad de Pancho y

de María ; yo los amo cual hermanos, quiérollos libres como yo.

— Tú, hija mia, no tienes sino grandes y elevados sentimientos ; tu peticion no es, sin embargo, aceptable.

— ¿ No ?

— No, hija mia ; tenemos muchos esclavos, la libertad de uno y no de todos sería un golpe terrible lanzado al corazon de los demas. ¿ No lo comprendes así ?

— Será injusto si quereis, pero no me conformo con vuestro parecer.

Tú no reflexionas detenidamente el valor de tu deseo : yo quisiera ver libres á todos ; pero entónces no tendríamos quien trabajára nuestras posesiones, que son tuyas.

— No es esa razon de fuerza, padre mio, cuando el sentimiento hace ver otra cosa. Pancho y María son tan buenos, tan cariñosos, me quieren tanto...

— Ellos viven contigo como si libres fueran, ¿ qué más quieres ?

— Quiero su libertad, y vos me la concederéis, ¿ no es verdad, padre mio ?

— No puedo hacerlo sin condiciones : si tú me probáras que efectivamente desees ver libres á tus amigos...

— No sólo á ellos ; mi deseo se-



ría verlos á todos iguales, dueños de sus acciones, sin que el látigo cayera sobre sus espaldas.

—Yo asiento en parte á tu deseo; de hoy más el látigo no crujirá sobre los negros de nuestro ingenio.

—Gracias, padre mio, gracias por vuestra piedad.

Tula, al decir esto, abrazó á su padre, regando su rostro con las lágrimas que salían cual perlas transparentes de sus ojos.

—Veo, continuó D. Luis, veo que en efecto padeces por tus esclavos, y quiero endulzar tus tristezas; si es posible haré por cumplir tus deseos.

—¿Será posible, padre mio? ¿Podrán ser libres no sólo Pancho y María, sino también todos los demás?

—Si ellos se hacen dignos de la libertad, la tendrán... Para ser libres es preciso ser instruidos; si tú haces que todos sepan leer antes de un año, ellos serán libertos, tú su libertadora.

Así terminó la conversacion entre el padre y la hija, retirándose ésta, henchida el alma de gozo, acariciando la idea de ver pronto libres á los que ya podían llamarse sus protegidos.

¿Qué pudo hacer la pobre niña,

la angelical Tula para obtener el cumplimiento de sus deseos?

Ya veréis, lectores amadísimos, lo que hizo, que si grande es á veces la voluntad, grandes son también los hechos que puede llevar á cabo.

### III.

Un mes próximamente después de la conversacion que os he referido entre Tula y su padre, la Sociedad abolicionista española se ocupaba, en sesion extraordinaria, de un asunto que, considerado urgente ó importante, habia reunido gran número de socios.

¿Cuál era éste?

Una carta de una niña que ofrecía á la referida Asociacion la libertad de más de doscientos esclavos, que sólo necesitaban para ser libres ser instruidos.

¿Debia la Sociedad dar aceptacion y fe á tan singular comunicacion?

Hé aquí la cuestion que hacia dudar por más de un concepto á más de un individuo. Porque el caso era raro: una niña era la que hacia tal oferta: ¿qué podia hacer una niña?

Era, sin embargo, necesario decidirse, y la Sociedad se decidió,



comisionando el asunto á los individuos de ella residentes en Cuba : éstos debian primeramente comprobar la verdad de la oferta ; despues, las circunstancias habian de servirles para ajustar á ellas su conducta.

Y no hay para qué expresar el buen deseo de los socios de la abolicionista y la prontitud con que éstos se presentaron á D. Luis Carvajal.

Amigos de él casi todos ; más que amigos, compañeros algunos de ellos, pudieron fácilmente dar cumplimiento al encargo que habian recibido.

Y lo cumplieron, y fué inmensa la sorpresa causada al padre de Tula : jamas hubiera éste podido pensar que la niña llevara á tanto su deseo de libertar á los esclavos.

Podeis figuraros, niños queridos, la posicion del padre ante la accion de la hija : él habia prometido manumitir sus negros si en breve término estaban instruidos ; ya podian estarlo, habia, por fortuna, quien de su instruccion se hiciera cargo.

Era, pues, inevitable la victoria de Tula : habia ganado la batalla.

Y ¿qué sucedió?

Podeis comprenderlo : D. Luis Carvajal no pudo conformarse con

recibir de otro lo que él podia hacer por sí solo : los esclavos eran libres, quedaban manumitidos.

No puedo yo, lectores queridísimos, no puedo yo explicaros cuál sería el gozo de Tula, cuál la inmensa felicidad de los esclavos : ya éstos eran hombres libres, dueños de sus acciones, árbitros de su suerte ; ya el látigo no haria saltar la sangre en sus espaldas, ya la opresion habia terminado para siempre. Dueños de su voluntad, ni uno solo se separó de la hermosa niña á quien le debian su dicha, ni uno solo dejó de quedar al servicio del generoso caballero su libertador.

La obra, empero, no estaba terminada ; faltaba aún instruir á los libertos.

#### IV.

Un año próximamente habia trascurrido, y una solemne ceremonia se celebraba en el ingenio de Tula.

En uno de los parajes más sanos y elevados de la extensa finca se habia construido un sencillo y severo edificio : era la escuela donde los negros habian de recibir el pan del alma. En ella hallábase reunido lucido y numeroso concurso,



que habia allí acudido para inaugurar las clases.

Que Tula asistia al acto no tengo para qué decíroslo, ya que no debo ocultaros una particularidad de importancia.

En el sitio principal del gran salon-escuela, coronando el asiento del profesor, habia un magnífico retrato de una niña, angelical por su belleza, sorprendente por su hermosura. Bajo aquel retrato una inscripcion se ostentaba, que con grandes caracteres decia las siguientes palabras :

*¡ Oh, vosotros que aquí os educáis, que aquí recibís el alimento de vuestra inteligencia! esa niña os hizo libres, esa niña os hizo instruidos. Veneradla, pues; á ella debeis la libertad, la luz de vuestras almas.*

Aquel retrato era el de Tula; aquellas palabras habian sido allí escritas de orden de su padre.

E. THUILLIER.

Puerto de Santa María, Diciembre, 1873.

## UNA HERMANA DE LA CARIDAD.

En el elegante salon de una deliciosa quinta de los alrededores de Burdeos, estaba una señorita de quince años ocupada en tejer una corona de rosas blancas; pero

sin duda no era aquella corona un adorno de fiesta, porque en las facciones de la jóven se veia una singular expresion de tristeza. Cuando la corona estuvo acabada, la miró con una especie de éxtasis, y no advirtió que su padre, el Conde de Saint-Valery, acababa de entrar silenciosamente y permanecia cerca de ella, inmóvil, en muda contemplacion; pero bien pronto, no pudiendo dominar su emocion, se adelantó y la estrechó en sus brazos, exclamando :

— ¡ El cielo te bendecirá, hija mia! Guardas de tu madre un religioso recuerdo; recogiste su último suspiro, y en tu reconocimiento piadoso la haces revivir todos los años. ¡ Cuánto bien me haces, Alicia mia! porque en mi cariño hácia tí encontraré aún valor para sufrir todas las desgracias que me abrumen.

— ¡ Ah, padre mio! no hago más que cumplir con mi deber, y soy muy feliz en ello. ¿ No os ha hecho sufrir bastante el odio de los hombres? La muerte os ha arrebatado á mi madre, y yo debo, con mi cariño, procurar reemplazarla cerca de vos.

Despues, abrazando á su padre, dijo:

— Irémos juntos ¿ no es verdad? á depositar esta ofrenda sobre su tumba.

— Sí, Alicia; irémos, y tambien rogaremos los dos á Dios para que tu buena madre repose en paz y desde el cielo vele siempre por nosotros.



Un mudo recogimiento siguió á estas últimas palabras, y algunos minutos despues, Alicia y el Conde estaban arrodillados rezando en la capilla vecina.

Esto sucedia el 25 de Mayo de 1793, aniversario de la muerte de Mad. de Saint-Valery. Esta excelente señora, no pudiendo sufrir los tormentos de aquella época, cayó peligrosamente enferma. Entónces tuvo la piadosa idea de hacer educar á Alicia por un digno eclesiástico que se habia refugiado secretamente en su quinta; porque en aquel tiempo, de doloroso recuerdo, las iglesias habian sido cerradas y los sacerdotes estaban perseguidos y proscritos.

Alicia aprovechó tanto las lecciones de su venerable maestro, que muy pronto estuvo en estado de gozar de una dicha, negada entónces á los niños de su edad: la de recibir la primera comunión. La enfermedad de Mad. de Saint-Valery hacia espantosos progresos, pero no queria morir sin haber visto lucir un dia tan hermoso y solemne; se apresuró, pues, el momento de la ceremonia, y aunque muy débil y enferma, tejió con sus propias manos, como último presente de una madre, la corona de rosas blancas que debia adornar la cabeza de su querida hija. Llegado el momento de la bendición, Alicia fué á arrodillarse llorando junto al lecho de su madre; apenas tuvo tiempo la Condesa para murmurar conmovedoras palabras de paz y de amor, y de co-

locar la corona sobre la frente de Alicia, cuando, sucumbiendo á esta indecible emocion, se durmió dulcemente con el sueño del justo.

Desde aquel dia fatal, el Sr. de Saint-Valery arrastraba una existencia triste é inquieta; temiendo por su vida, sin cesar amenazada, vivia en la soledad con su adorada hija. Su servidumbre se componia únicamente de German, criado antiguo, y de Pedro, jardinero; ambos le eran muy adictos.

Pedro tenía una hija de la edad de Alicia, que se llamaba María. Tambien la pobre niña habia perdido á su madre; Alicia, dulce y buena, la amaba con todo su corazon, la llamaba su amiguita y se complacia en desarrollar su inteligencia é instruirla. El Conde de Saint-Valery tenía gusto en escuchar las dulces conversaciones de las dos jóvenes.

Entre tanto, las noticias que llegaban de París eran de dia en dia más alarmantes; el padre de Alicia se habia por fin decidido á no entregar su cabeza á sus enemigos y debia pasar secretamente al extranjero con su hija. De acuerdo con German y Pedro, habia enterado en un lugar seguro, en un rincon de la huerta, todo su oro, sus alhajas y sus papeles de más importancia. Hubiera sido peligroso llevar consigo aquellos tesoros, y prefirió confiarlos al cuidado de sus buenos servidores.

Todo estaba ya preparado para la partida, cuando la vispera, muy temprano se oyó de pronto un



gran ruido junto á la verja de la quinta; hombres armados pedían á voces que se les abriera; iban de Burdeos, y llevaban orden, según decían, de prender al Conde de Saint-Valery. El jardinero, que hacía las veces de conserje, resistió solo al pronto á aquellos furiosos; pero el viejo German acudió para unirse á Pedro y negar enérgicamente la entrada en la casa. Ambos esperaban dar así tiempo á su señor para huir por una puerta secreta. Se les amenazaba de muerte con horribles imprecaciones; pero ellos hacían frente á la tormenta con impasibilidad. Furiosos por la tenaz resistencia que se les oponía, algunos de aquellos hombres tomaron el partido de escalar el muro, derribaron por tierra á German, le pisotearon, golpearon con rabia al pobre Pedro, á pesar de los desgarradores gritos de su hija, se apoderaron de las llaves y se precipitaron en el jardín, lo devastaron, rompieron las puertas de las habitaciones, y apresaron al fin al Conde, que no opuso á semejante furor más que la calma y la resignación.

Alicia, que no quería separarse de su padre, lloraba, pidiendo de rodillas que la llevarán con él.

—¿Quieres, pues, seguirle á la muerte? preguntó una de aquellas furias.

—¿Qué me importa la muerte con mi padre? respondió la joven con acento inspirado. ¡No me separéis de él!

Aquellos hombres de corazón de

hierro, subyugados por el heroísmo de una niña, la dejaron al lado del Conde. Los dos prisioneros fueron por el pronto conducidos á Burdeos, y después enviados inmediatamente á París, pues allí debía instruirse el proceso del señor de Saint-Valery. Se le encerró con Alicia en la Conserjería. No podía creer que se le condenara, porque era inocente, y por esto no había creído deber revelar hasta entonces á la pobre niña el secreto del tesoro enterrado en el jardín de Pedro por temor de afligirla con un funesto presentimiento: halagábanle las más dulces esperanzas, pues el infortunado, encerrado en su calabozo, soñaba con la libertad, con la vida, con pasar días felices al lado de su hija, y entonces mismo se pronunciaba su sentencia, se confiscaban sus bienes, se le condenaba á muerte!

Un día se abrieron con estrépito las puertas de la prisión.

—¡Vamos, vamos, es preciso salir! dijo una voz de trueno.

—¡Bendito sea Dios! exclamó el conde fuera de sí.

—¿Está loco este hombre? interrumpió el carcelero; es á esta joven á quien hablo, no á tí.... Vamos, hermosa, salgamos cuanto antes.

Y al terminar estas palabras, el bárbaro arrancó de pronto á Alicia de los brazos de su padre, á pesar de sus gritos y sus lágrimas; y el conde quedó sólo, petrificado, como herido de un rayo, con la horrible conciencia de su posición.



Ya no habia duda, iba á morir; á morir, ¡gran Dios! ¡sin haber bendecido á su hija! y Alicia, que ignoraba el secreto del tesoro, iba á quedar en adelante sin apoyo, sin protector en medio del abandono y la miseria: esto era para volverse loco.

A la mañana siguiente, en el momento en que salia de la Conserjería para marchar al suplicio, el conde de Saint-Valery oye salir de entre la multitud un agudo grito. Aquel grito le hace palidecer: ha reconocido la voz de Alicia, y quiere precipitarse hácia ella, abrazarla, decirla una sola palabra, un eterno adios; ¿pero puede hacerlo encadenado como está? Luégo se le arrastra con rapidez lejos de aquella voz desgarradora que le grita:

— ¡Padre mio! ¡padre mio!

El desgraciado padre forcejea, y se vuelve con esfuerzo para arrojar al viento estas últimas palabras sofocadas por el dolor:

— ¡Adios hija mia! ¡Pedro! ¡Pedro!

Pero estas palabras no fueron oidas ya por Alicia, que habia caido moribunda sobre el empedrado. Cuando una hora despues volvió en sí la pobre niña estaba huérfana.

Al volver á abrir los ojos, se encontró en una pequeña habitacion de muy modesta apariencia, se incorporó en el lecho donde reposaba; sus miradas llenas de asombro se fijaron en todo lo que la rodeaba, y se disponia instintivamente á

levantarse, cuando una mano amiga la retuvo dulcemente y la jóven vió á su lado una mujer de edad.

— ¡En nombre del cielo! ¿dónde estoy, señora? exclamó la jóven con acento extraviado; ¿dónde estoy? y mi padre, ¿qué ha sido de él? ¡Ah! por favor, devolvedme mi padre, conducidme á su lado!

En vano la desconocida trataba de calmar tan violenta agitacion; Alicia no escuchaba nada, un solo pensamiento la dominaba: ¡su padre, siempre su padre!

Habia sido recogida en la calle por la viuda de un anciano marino, que para este acto de humanidad no habia consultado más que la bondad de su corazon, porque era muy pobre la buena mujer: trabajaba de la mañana á la noche para vivir, y el módico producto de su penoso trabajo lo compartia con un mal hijo perezoso y disipado que la abrumaba de pesares.

A pesar de su pobreza, la buena señora habia prodigado á su protegida los más cariñosos cuidados; y para subvenir á los gastos que reclamaba su estado de sufrimiento, se imponia hasta las más duras privaciones.

Pero cada vez que el jóven iba á ver á su madre, se empeñaba una viva discusion á propósito de la pobre Alicia.

— ¡Buena necesidad teniais de adoptar á esta chica! repetia sin cesar aquel muchacho malo; sin duda, es hija de algun noble.



Estas groseras palabras eran oídas por la huérfana, que lloraba en secreto, pensando en su infortunio.

Un día, el desgraciado llegó pálido, agitado, y exclamó al entrar:

— Madre mía, estoy perseguido, perseguido por deudas, y si no pago al instante, ¿entendeis, madre mía? voy á ser preso; vos, que tan bien sabeis encontrar dinero para una extraña, ¿se lo rehusaréis á vuestro hijo?

— Pero, insensato, ¿qué quieres de mí? Estoy en la mayor pobreza, respondió Mad. Morin; no tengo para vivir más que mi trabajo, mis tareas de todos los días; nada puedo hacer, bien lo sabes, nada para salvarte.

— Entónces, me abandonais, sois despiadada para mí, y sin embargo para sustraerme á la prision no necesitaba más que un poco de dinero.

Alicia, asustada de la escena que tenía lugar á su vista, decia para sí:

— Decididamente, no puedo permanecer más tiempo aquí; esta pobre señora es demasiado desgraciada. ¡Si yo tuviera dinero!.....

De repente, su rostro se iluminó con un rayo de alegría.

— ¡Oh! gracias, Dios mio, dijo, vos me habeis inspirado!

Y quitándose precipitadamente sus pendientes,

— Tomad, tomad, dijo, mi buena señora Morin, tomad; estas joyas son de algun valor; dádselas

á vuestro hijo para que las venda, que las convierta en dinero. ¡Ah! contribuya yo de este modo á pagar la deuda de vuestro hijo!

La pobre Mad. Morin tomó los pendientes vertiendo lágrimas de enternecimiento, y dándoselos á su hijo:

— Ya lo ves, ingrato, le dijo, una buena accion encuentra siempre su recompensa.

Morin partió; cuando las dos mujeres se encontraron solas, la buena señora quiso dar las gracias á Alicia; pero ella la interrumpió vivamente.

— ¡Vos darme gracias! vos, tan buena, tan excelente para mí; ¡cuánto no os debo por todas las penas que os he causado, por todas las crueles privaciones que os habeis impuesto en favor de la huérfana! Gracias, ¡ah! gracias por vuestros beneficios, pero ahora que conozco la extension de vuestros sacrificios, no puedo, no debo ya aceptarlos. Hay casas hospitalarias donde se acoge al infortunio; ¡y bien! la hija del conde de Saint-Valery debería considerarse feliz de ser recogida en un hospicio; allí, segun me han dicho, buenas hermanas prodigan sus cuidados al sufrimiento; asistida por ellas, sus generosos cuidados me recordarán sin cesar los vuestros, y si mi enfermedad ha de prolongarse todavía, al ménos no tendré el dolor de ver que, por aliviarme, habeis agotado hasta vuestros últimos recursos.

— Ahora rehusais mis cuidados



porque sabeis que soy desgraciada: ¡ah! eso está mal hecho, hija mía, replicó la buena Mad. Morin, ¿no habeis visto que podia, con mi trabajo, atender á vuestras necesidades como á las mías?

—Sí; ¡pero no lo consentiré ya! respondió la jóven con vehemencia; y quiero ponerme buena pronto, para estar en disposicion de devolveros un dia todo lo que habeis dado á esta pobre huérfana.

El ruego de Alicia era tan vivo, sus palabras tan suplicantes, que Mad. Morin se ocupó al fin, aunque con una invencible repugnancia, de hacerla entrar en uno de los grandes hospicios de París. Algunos dias despues, nuestra jóven enferma fué acogida é instalada en uno de ellos. La interesante posicion de la huérfana no tardó en comover profundamente á las buenas hermanas que la rodeaban. Sor Clara, sobre todo, la habia tomado particular cariño y la prodigaba los más tiernos cuidados; porque le parecia que una existencia tan noble y tan abandonada no debia ya buscar refugio más que en la religion.

Muchas veces Sor Clara iba á sentarse junto al lecho de Alicia, para hablar con ella de la fragilidad de los bienes del mundo, y hacerla comprender todos los gozes que ofrece la práctica de la religion y todo lo que hay de grande y generoso en consagrar la vida al alivio de los desgraciados,

Las bendiciones del pobre y las

gracias de Dios son, añadia, una recompensa que ninguna dicha de este mundo puede igualar. Ved á nuestras hermanas, por la noche cuando han cumplido sus obras de caridad; una pura alegría brilla en sus frentes: ¡es que son felices!

Alicia recogia ávidamente estas palabras, y en el fondo de su corazon una voz le decia:

—Pobre huérfana, no tienes ante tí más que una existencia miserable; ¿qué hacer en el mundo, al salir de la opulencia, sin apoyo y sin recursos? Vegetar, sufrir. ¡Sin madre que te adore, sin padre que te proteja! Hazte tambien hermana de la caridad.

Este pensamiento, inspirado sin duda por Dios, fué en adelante el único que ocupaba su imaginacion. Alicia, completamente decidida á dedicar su vida al alivio de la humanidad, se hacia instruir por sor Clara en todos los deberes de una novicia. Una vez restablecida, entró en el seno de la comunidad, dando gracias á Dios por haberla salvado, y rogándole cada dia que la diera fuerza para cumplir la santa mision que su corazon la revelaba. Tres meses despues, Alicia era hermana de la caridad.

Habian trascurrido algunos años. Era un oscuro dia de Diciembre, hacia mucho frio, y la nieve caia en grandes copos. París estaba desierto; una jóven, de veinte años apénas, atravesaba sola, y con paso rápido, una de las estrechas calles de la ciudad. ¿Qué po-



dia hacerla desafiar así el frío? ¡Ah! una voluntad firme, enérgica; porque aquella joven era una hermana de la caridad: era sor Alicia.

Mas ¿por qué sor Alicia caminaba tan de prisa? Porque desde la víspera la pobre Mad. Morin no tenía leña, y Alicia iba á pedirla en el almacén donde se la daban de caridad; así pagaba todos los días su deuda de reconocimiento; y desde que el joven Morin se había enganchado como voluntario, gracias á los cuidados de la joven hermana, no carecía de nada la anciana señora.

Alicia apresuraba siempre su marcha; de pronto, al volver una esquina, una joven, cubierta con el traje de la miseria, fué á arrojarse á sus piés; sus facciones pálidas y demacradas anunciaban las privaciones y el sufrimiento, y su voz era débil y trémula.

—¡En nombre del cielo, que ha permitido que os encuentre, hermana mia, venid á socorrer á mi padre! exclamó. Se muere si tardamos un solo instante....

Y se agarraba al vestido de Alicia para arrastrarla consigo.

—Sí, hija mia, de todo corazón, respondió Alicia; conducidme prontamente junto á él.

Y las dos mujeres caminaron algunos minutos, hasta llegar á una casa de la más miserable apariencia.

Después de haber subido penosamente una escalera negra y tortuosa, la desconocida se detuvo

delante de una especie de granero, al que servían de puerta unas tablas mal juntas, y dijo:

—Aquí es.

Alicia se sintió vivamente afectada á la vista del espectáculo que se ofreció á sus ojos. En un camaranchón estrecho y bajo se encontraba un desgraciado tendido en un pobre lecho y cubierto su cuerpo con restos de viejos cobertores. La hermana, aproximándose al lecho, preguntó al enfermo con voz dulce si creía poder tomar algún poco de alimento.

—Sufrís mucho, añadió, pero valor; Dios me ha enviado junto á vos sin duda para aliviaros.

La voz de Alicia pareció sacar al enfermo de su estado de languidez y atonía.

—Aliviarme yo, ¡oh! no tengo ya necesidad de nada, hermana mia; lo conozco, mi vida está próxima á extinguirse; pero ¡mi hija! ella si necesita ser socorrida; la pobre niña es demasiado joven para morir. ¡Desde hace dos días, la desgraciada lucha con las torturas del hambre!

Al oír estas palabras, Alicia buscó en su bolsa algunas monedas, y volviéndose hácia la joven,

—Tomad esto, le dijo, comprad pan para vos y alguna pocion cordial para vuestro padre.

En cuanto su hija partió, el pobre hombre sintió una violenta conmoción, producida sin duda por la inesperada alegría que experimentaba. La buena hermana, equivocándose sobre la causa de esta



crisis tan favorable, se apresuró á acercar á los labios del que ella creía moribundo el crucifijo de marfil que pendia de su cintura.

— Este es, le dijo con un tono de inexplicable dulzura, el símbolo de la paz que os presento: ofreced á Dios todos vuestros sufrimientos, hermano mio, y si durante el curso de vuestra vida habeis cometido grandes faltas.....

— ¡Yo! ¡yo! exclamó vivamente aquel hombre con una energía singular, ¡oh! gracias al cielo, he cumplido siempre religiosamente mis deberes de hijo, de esposo y de padre; ni mi corazón ni mi conciencia me reprochan nada, lo juro; no, nada, repetia con desgarrador acento, y sin embargo, hermana mia, es preciso confesároslo: no dejaré esta tierra de dolor sin una profunda desesperacion.

— ¿Qué decís, hermano mio?

— ¡Ah! sin duda, ¡encontraré allá arriba á los que tanto he amado! la compañera de mi vida, tambien mi buen señor..... mi buen señor; pero dejaré á alguna persona muy desgraciada en este mundo.

— Sí, vuestra hija, ¡pobre niña!

— ¿Y si ése no fuera más que uno de mis tormentos? replicó el infortunado, incorporándose en su miserable lecho; ¿si encargado de cumplir una santa mision, y poseedor de un tesoro sagrado á los ojos de Dios y de los hombres, no hubiera podido hasta ahora devolverlo á la desdichada niña á quien pertenece? Sí; éste es, hermana mia, el pesar que me devora. El

cielo es, sin embargo, testigo de que, desde hace dos años, mi hija y yo hemos hecho toda clase de pesquisas siempre vanas, y que desde la misma época luchamos con la más espantosa miseria junto á ese tesoro.

— ¿Sin haberlo tocado, sin haber tomado ni una parte para procuraros el pedazo de pan que os faltaba?

— Sí, hermana mia, ¡ántes morir mil veces mi hija y yo!

— ¡Ah! ¡muy bien, eso es muy hermoso! interrumpió sor Alicia, enternecida hasta derramar lágrimas. Creedlo, buen hombre, Dios recompensará tanta honradez y probidad; encontraréis á la que buscais y.....

— ¡Dios os oiga!

Y pronunciando estas palabras, el pobre hombre quedó como abismado en sus pensamientos, y balbuceó algunas palabras, pero esta vez ininteligibles. Alicia, llena de admiracion y de santo fervor, se arrodilló junto al pobre lecho para atracer sobre la cabeza del infortunado las bendiciones del cielo, cuando de repente la plegaria se detuvo en sus labios; habia creído oír murmurar el nombre de Saint-Valery.

— ¡Habeis pronunciado el nombre de Saint-Valery! exclamó sor Alicia, ¡será ése el nombre del hombre á quien tanto habeis amado!

— ¡Ah! sí, ¡le amaba mucho! quise salvarle, pero lo llevaron á París con su hija y le mataron. ¡Pobre amo mio!



— ¡Seréis Pedro! interrumpió Alicia, dando un grito y arrojándose al cuello del pobre hombre. ¡Pedro..... nuestro buen Pedro!..... ¡Ah! sí, ahora os reconozco, á pesar de los estragos de la miseria..... sois vos.....

— ¡Alicia! exclamó sollozando el enfermo, Alicia ¡ah! ¡Dios mio! ¡Dios mio! vos lo habeis permitido..... ¡voy á morir de alegría! y estrechaba convulsivamente las manos de Alicia regándolas con sus lágrimas. Mi jóven señora, ¡sois vos! ¡vos con esos santos hábitos!

En este momento, la puerta se abrió, y María entró llevando las pequeñas provisiones que acababa de comprar; la pobre muchacha no habia tenido tiempo de darse cuenta de la extraña escena que tenía lugar ante sus ojos, de la alegría de su padre, de las lágrimas de Alicia, cuando ya ésta se arrojaba en sus brazos exclamando:

— ¡María, es Alicia quien te abraza; sor Alicia, que no tiene ya necesidad de la fortuna que tu padre y tú la habeis conservado con una lealtad tan admirable; Alicia, que hará la felicidad de ambos! ¡Oh, amigos míos, qué día tan

hermoso para mi corazón! Por fin podré pagar todas las deudas de reconocimiento.

Esta conmovedora escena se prolongó largo tiempo aún; por fin, Alicia se despidió, aunque con sentimiento, de Pedro y María.

Desde la mañana siguiente, la señorita de Saint-Valery quiso hacerse cargo de la fortuna que encontraba tan milagrosamente; estaba encerrada en una caja de doble fondo, toda sucia y llena de polvo oculta bajo la cama de Pedro; ciertamente no se hubiera sospechado la existencia allí de semejante tesoro que se elevaba á más de ochenta mil francos, tanto en oro, alhajas, títulos y créditos, como en diamantes. Sor Alicia repartió en seguida cuarenta mil francos entre Mad. Morin, Pedro y su hija, á los que aseguró así una suerte dichosa; ella se reservó la otra mitad, no para sí, sino para poder en adelante socorrer con su propia fortuna á todos los enfermos que tuviera á su cuidado.

Sor Alicia vivió hasta una edad muy avanzada, siendo bendecida por aquellos á quienes hizo felices con su generosidad y sus dulces y caritativos sentimientos.





### À LA VIRGEN MARÍA.

Cruzando un mundo vacío  
Cual sombra que empuja el viento,  
Temblando al disorde acento  
De la ronca tempestad,  
Llego á tus piés, ¡oh María!  
Á ofrecer mi amargo llanto;  
Protégeme con tu manto,  
Madre de amor y piedad.

Tú, que siempre fuiste hermosa,  
Pura, bendita, inefable,  
Casta rosa incomparable  
Del jardín del Criador;

Tú, que de estrellas ceñida,  
Alzas la serena frente,  
Tiende una mano clemente  
Á los hijos del dolor.

Que el mundo cruzando errante  
Cual sombra que arrastra el viento,  
Temblando al disorde acento  
De la ronca tempestad,  
Llego á tus piés, ¡oh María!  
Á ofrecer mi amargo llanto;  
Protégeme con tu manto,  
Madre de amor y piedad.

ROBUSTIANA ARMIÑO.



## AMOR DE HIJA.

Era un día hermoso de primavera: muchas personas reunidas en una playa daban el último adiós, saludando con ternura á los pasajeros, que en alta mar se alejaban en una embarcación.

Entre estos últimos iba un anciano de respetable continente, y á su lado una hechicera jóven que hacia grandes esfuerzos por sonreírle mientras á su pesar se deslizaba una lágrima de sus hermosos ojos.

Los dos guardaban un profundo silencio, por último el anciano le rompió diciendo á la jóven: no sé por qué, Laura mía, siento mi corazón oprimido en este momento. Quizá un fatal presentimiento...

—Dejad esa triste idea, padre mio, dijo Laura dando un profundo suspiro; yo, por el contrario, creo que nuestro viaje ha de ser muy feliz y que volverémos sanos y salvos á nuestra querida patria.

Después trató de distraer á su padre con conversaciones amenas, y éste por complacerla le hacia ver que hasta se alegraba en algunos momentos.

Así pasaron los días sin novedad ninguna, cuando una noche, de pronto se levantó una horrible tormenta, todos creyeron verse sumergidos en lo profundo del mar, y ya el piloto empezando á temer por la nave que zozobraba, disparó un cañonazo demandando auxi-

lio; le fué contestado enseguida, y un vapor llegó á socorrerlos. Trásbordaron todos los navegantes á él, y cuál sería el dolor de éstos al ver que sus favorecedores eran piratas, y que, según ellos mismos les dijeron, serían después vendidos, no siendo poco el favor que les habían hecho con salvarles la vida.

La pobre Laura temblaba abrazada á su padre y éste estaba sumergido en el más terrible dolor.

Algunos días después los condujeron á tierra y fueron vendidos sin piedad ninguna. Laura y su padre fueron llevados al servicio del Sultan, ignorando éste su parentesco, siendo ella dedicada á cuidar de las habitaciones de su hija, estando á su servicio en todo, y á su pobre padre se le dió el penoso deber de limpiar todas las demas que al Sultan concernían, cuidando además de todas las alhajas que en ellas había.

Un día echó el Sultan de menos un pequeño cajoncito que contenía alhajas de mucho valor, y creyendo que el pobre anciano las habría cogido para con ellas buscar un medio de evasión, le mandó atar fuertemente y le encerró en una mazmorra con la idea de mandarle quitar la vida si pasado tres días no entregaba ó declaraba el sitio en donde estaban las alhajas.

Laura supo todo lo ocurrido, por su jóven ama, que la manifestaba el mayor cariño, y loca de dolor voló á buscar á su señor y le dijo que quería hacerle una confesión.



Éste le contestó que hablara, y entónces la pobre niña le dijo que el anciano era inocente, y que ella, burlando su excesiva vigilancia, habia arrebatado el cajoncito por sustraer las alhajas que contenia,

Sin embargo, miéntras reflexionaba la mandó encerrar, y despues practicó un escrupuloso reconocimiento, resultando de él que encontró el cajoncito en otro grande donde él mismo le habia metido.



Núm. 1.

con el objeto de ver si algun dia podia con ellas comprar su libertad.

Hablaba con tal calor, que el Sultan empezó á dudar, si bien le parecia imposible que ella pudiera ser capaz de tal accion.

Entónces le hizo cavilar más la manifestacion de Laura, y se propuso descubrir aquel misterio.

Esta, por su parte, rogaba á la Virgen le diera fuerzas para perder su vida y salvar la de su amado padre.





Ad. Goubaud & Fils Editeurs

LA PRIMERA EDAD — NIÑEZ ILUSTRADA

MADRID — Administración de los Niños.





C  
com  
per  
sig  
bac  
U

éste  
cho  
mu  
per  
por  
tad



Cuando la dieron la órden de comparecer ante el Sultan tembló, pero se hizo superior á sí misma y siguió á su guía sin aparentar turbacion.

Una vez en presencia del Sultan,

Laura sólo dijo que el temor de que por su causa padeciera un inocente le habia hecho dar este paso.

Entónces el Sultan, para ver si se turbaba, la dijo :



Núm. 2.

éste la hizo ver que se habia hecho acreedora á la muerte y que muy en breve sufriria esta pena, pero que ántes queria le revelára el por qué ella misma se habia delatado.

—¿No llevas tú, como otras nazarenas, un relicario con la Imágen de la Madona?

Laura por instinto se llevó la mano al corazon, y cayendo de rodillas le dijo :



— ¡Ah, señor! dejádmelo por compasion hasta que expire.

— No, no trato de arrebatártele, pero júrame sobre él que tú has hecho el robo y te creeré.

Laura tembló á la idea de cometer aquel sacrilegio, y con la voz desfallecida por tantas emociones, le dijo:

— Mandadme matar, señor, para que se cumpla vuestra justicia y poned en libertad al pobre anciano que gime por mi causa.

Entónces el Sultan, sin esperar más, presentándola el cajoncito, —Ve, la dijo, las alhajas que yo mismo guardé sin acordarme; ni tú ni el anciano las habeis tocado, y sin embargo querias morir por esta causa; dime la verdad de todo y no te pesará.

Entónces, Laura, sin moverse de la actitud suplicante que tenía, le dijo:— Señor, ese anciano es mi padre;—y le contó todo lo que le habia sucedido desde el momento de embarcarse, añadiendo que hubiera sido muy feliz dando su vida por la de su padre, pues era lo que más amaba en el mundo.

Aquel amor de hija tan tierno y grande conmovió al Sultan, la mandó levantar con cariño, hizo que trajeran á su padre, y le dijo: Por la primera vez de mi vida me he sentido conmovido al ver el amor que tu hija te profesa; ella y tú estais libres y podeis partir cuando querais. Tomad, añadió, dándoles un bolsillo con dinero; sin esto nada se puede hacer, y ademas os doy un salvo-conducto

para que si volvierais á naufragar no os puedan vender.

Padre é hija le dieron gracias derramando abundantes lágrimas, y Laura se despidió de su ama, que sintió mucho su marcha, pero se alegraba de que Laura fuera feliz.

Despues de esto partieron en cuanto les fué posible para su querida patria, donde vivieron felices, dando sin cesar gracias al Sér Supremo, que los sacó de la cautividad.

Porque socorre amoroso  
Al hijo que con ternura  
Dar por su padre procura  
Su existencia ó su reposo.

L. ESCUDERO.

## EL PERDON DE UNA OFENSA.

Habia en la Habana un riquísimo colono, que despues de haber perdido su esposa, sólo le quedaba una hija, llamada Blanca, que á la sazón contaba apenas ocho años.

Esta hermosa niña poseía un corazon tan bondadoso, que era siempre el consuelo de todo el que por cualquier motivo padecia en la quinta algun infortunio.

Su padre la adoraba con ceguedad, y á pesar de su genio adusto, mil veces, á instancias suyas, perdonaba, ó cuando ménos, aminoraba el castigo de los negros que en su posesion tenía.

Entre estos últimos habia un jóven, llamado Domingo, de un ca-



rácter sumamente travieso y al que su amo mil veces habia amenazado con darle por sus faltas un castigo tan terrible, que al recibirle perdería en él la vida.

Llegó un dia en que el jóven Do-

sitio donde estaba el tormento que para él tenía preparado.

En el momento de llevarle oye Blanca sus sollozos, corre despa-  
vorida al sitio de donde partian, y se encuentra al infeliz Domin-



Núm. 3.

mingo, desobedeciendo los preceptos de su amo, hizo una cosa contraria á lo que éste le habia ordenado.

Apénas el colono llegó á apercibirse de ello, cuando furioso descargó sobre el infeliz Domingo su látigo, y mandándole atar fuertemente, hizo que le condujeran al

go en el más lastimoso estado.

«¡Oh niña Blanca! exclamó al verla, tened compasion de mí, rogad á mi señor que me perdone, pues yo os juro no cometer más faltas en mi vida. Corred, niña Blanca, ó dentro de poco habré dejado de existir.»

Apénas la pobre niña oye estas



palabras, corre desalada á donde se hallaba su padre, olvidado tal vez ya de la suerte que habia preparado para el pobre negrito, se arroja á sus plantas, tiende hácia él sus débiles manos y derramando abundantes lágrimas, le

dijo el padre con horror. Pues bien, prosiguió la niña, Domingo tiene padre, ¡qué dolor recibirá viendo morir á su hijo! ¡Y sólo vos podeis salvarle, padre mio! — ¡Ah! es cierto, hija de mi alma, dijo el padre conmovido y la levantó del



Núm. 4.

dice: «Padre mio, por el amor que me teneis, perdonad al infeliz Domingo, ved su arrepentimiento, pues jura no volveros á ofender.

Perdonadle, padre querido, y permitid que os diga una sola palabra más: si á vuestra hija le fueran á quitar la vida..... ¡Dios mio!

suelo abrazándola tiernamente. Volemos á salvarle, pero quizá sea tarde.

Fueron en seguida al lugar donde habia de haberse ejecutado la sentencia, y con gran alegría suya vieron que aún no habia sufrido la pena, pues los encargados de prac-



tiar la órden esperaban con ánsia ver lo que alcanzaba la hechicera niña.

El colono entónces desató las ligaduras que oprimian al pobre negro, y le dijo: Ten en cuenta que yo nunca te hubiera perdonado, mas las lágrimas de mi hija llegaron á mi corazon, y no olvides

consternacion procuraron salvarse, y entre dos negros sacaron al colono que se hallaba enfermo hacia unos dias.

Al verse salvo, su primer cuidado fué buscar á Blanca, y no viéndola, exclamó con un acento que hubiera conmovido á las peñas: ¡ Mi hija se abrasa!!



Niña. 5.

que en adelante ni ella ni nadie te salvará.

El negro se arrojó á sus piés y ofreció nuevamente no ofenderle más, jurando no olvidar nunca que debía su vida á la hermosa niña.

Algunos meses despues de este suceso se declaró en la quinta un voraz incendio. Todos llenos de

Todos quedaron petrificados ante aquella idea, cuando de pronto vieron aparecer entre las llamas y atravesar por ellas con velocidad al negro Domingo todo ensangrentado y mutilado el rostro, pero trayendo en sus brazos á su señorita desmayada y con algunas leves quemaduras, pues el pobre negro



tuvo buen cuidado de exponer su vida por salvar la de su ama.

Su padre se precipitó sobre ella cubriéndola de las más tiernas caricias, y todos se afanaron con ansia hasta conseguir que volviera en sí.

En el momento que esto sucedió, abrazó á su padre tiernamente y le dijo: Padre mio, vos devolvisteis la vida de su hijo al padre de Domingo, y sin éste no tendria yo la dicha de abrazaros en este momento.

Es verdad, hija querida, dijo su padre, y llamando á Domingo y su padre, les dijo: Os debo más que la vida; sólo os puedo pagar haciéndoos libres; lo sois desde este momento, viviréis, si quereis, siempre en nuestra compañía, pero en completa libertad, y yo cuidaré de que nada os falte para ser dichosos; entre tanto tened todos presente que

El que perdona una ofensa  
Da placer al corazon,  
Y cuando ménos se piensa  
Encuentra una recompensa  
Quien á otro le dió perdon.

LUISA ESCUDERO.

## MODAS.

### Explicacion del grabado núm. 1.

Sombrero de faya y terciopelo, bastante grande, el ala vuelve hacia arriba y va sujeta con una presilla de terciopelo y tres hojas al lado derecho; en la parte de detras

lo adornan lazadas de terciopelo y faya, y una pluma; por delante torzal de terciopelo y grupo de flores menudas al lado izquierdo.

### Explicacion del grabado núm. 2.

Sombrero de terciopelo azul; un plegado del mismo terciopelo, rodeado de puntilla negra, rodea la copa, que es alta; la parte de detras va adornada con lazadas de terciopelo y de una larguísima banda de tul granadina, que despues de formar dos lazadas entre las de terciopelo baja hasta el cuello y lo rodea, cayendo luégo hacia atras, por el lado derecho; cordon de flores azules adorna el ala por abajo.

### Explicacion del grabado núm. 3.

Sombrero de terciopelo blanco; tiene el ala levantada por detras, y sujeta con un lazo de terciopelo y dos rosas; otra cinta rodea la copa, que es muy baja; al lado derecho, inclinadas hacia delante, dos plumas blancas; por debajo del ala cordon de rosas blancas.

### Explicacion del grabado núm. 4.

Sombrero de paja, negro, redondo, con el ala pequeña y vuelta hacia arriba; la copa algo alta y redonda; al lado derecho dos plumas blancas y negras, sujetas con dos margaritas blancas; una cinta ó bies rizado rodea la copa, y entre ella margaritas; rizado de encaje negro adorna el ala por debajo



hasta el sitio de las bridas, que son de encaje y se cruzan por detras, sujetándose luégo con una lazada por delante.

### Explicacion del grabado núm. 5

Sombrero de terciopelo color de pensamiento, adornado de lo mismo, encaje negro azabache y una pluma, pensamiento y negra.

## CUENTOS DE SCHMID.

### XXI.

#### LA ENCINA Y EL SAUCE

Una mañana, despues de una espantosa noche de tormenta, el tio Ricardo, acompañado de su hijo Anselmo, fué á dar una vuelta por sus tierras para ver el destrozo que en ellas habia causado la tempestad.

—Mirad, padre, decia el niño Anselmo, la encina que parecia tan fuerte está por tierra, miéntras ese débil sauce ha permanecido de pié derecho á la orilla del arroyo. ¿No es sorprendente eso, padre? Yo hubiera creído que el huracan hubiese derribado el sauce, y no la encina.

—Hijo mio, respondió el padre, la encina orgullosa que ha rehusado plegarse, debia necesariamente romperse, miéntras que el sauce ha cedido á la violencia del viento, y así no le ha presentado punto resistente para poderle atacar.

### XXII.

#### LA ENCINA.

En tiempos muy remotos sucedió un dia que dos jóvenes, llamados Edmundo y Oswal, se presentaron en el pretorio.

Edmundo habló así al juez:

—Estando á punto, ahora hará tres años, de emprender un largo viaje, confié en este hombre, que creía mi mejor amigo, una sortija de diamantes. Hoy me niega el depósito y rehusa devolvérmela.

Oswal puso la mano sobre su pecho y exclamó:

—Juro por mi honor que jamas he tenido el menor conocimiento y noticia de la sortija de que habla. Preciso es que mi amigo Edmundo esté loco.

—Edmundo, dijo entónces el juez, ¿teneis algun testigo que pueda afirmar que habeis entregado la sortija á Oswal?

—Desgraciadamente para mí, respondió Edmundo, nada más que la antigua encina que está sola en medio del campo, y á la sombra de la cual nos despedimos.

Oswal dijo:

—Estoy dispuesto tambien á jurar que no tengo noticia de ese árbol, así como de la sortija.

El juez repuso entónces:

—Edmundo, id á buscarme una rama de esa encina de que acabais de hablar; la necesito. En cuanto á vos, Oswal, permaneced aquí hasta la vuelta de Edmundo.

Este se marchó inmediatamente.



Poco tiempo despues el juez dijo á Oswal :

— Mucho tarda Edmundo. ¿Dónde podrá detenerse tanto tiempo? Abrid un poco la ventana y mirad si viene ya.

— Señor, respondió Oswal, es imposible que pueda estar tan pronto de vuelta, porque el árbol de que ha hablado está á una legua muy buena de aquí.

— ¡ Hombre impío y trapacero ! dijo el juez irritado, ¿ y tú querias jurar que no conocias el árbol, como tampoco la sortija ? Ahora estoy convencido plenamente de que conoces la sortija tan bien como el árbol.

Oswal fué condenado á devolver la sortija y á ser ahorcado en la encina en cuestion.

### XXIII.

#### EL CAMPO.

La cabaña del pobre Nicolas se hallaba edificada en un terreno lleno de espinos, zarzales y almendros.

Un dia que hacia un excesivo calor, precisamente en la época de la siega, Nicolas se hallaba tendido á la sombra de uno de los zarzales muy decididamente. Llegó á pasar por allí un aldeano que conducia una carreta cargada de magníficas gavillas. Nicolas miró la carreta con envidiosos ojos, y apenas saludó al labriego. Paróse éste y dijo á Nicolas :

— Si tú quisieses darte el trabajo de cultivar ese terreno erial que te pertenece y labrases cada dia un

solo espacio igual al que cubre tu cuerpo perezoso, podias al cabo del año recoger por lo ménos otras tantas gavillas de trigo como las que ves sobre mi carreta.

Tomó en consideracion Nicolas el consejo y se puso á desbrozar el terreno, arrancando los espinos y zarzales, y labró la tierra de tal manera, que arregló un excelente campo, sin costarle un ochavo, que le produjo abundante cosecha con que atender á su subsistencia y la de su familia.

### XXIV.

#### LAS ESPIGAS DE TRIGO.

Iba un dia un labrador á visitar sus campos para ver si estaba en sazon la cosecha. Habia hecho que le acompañase su hijo Luisito.

— Mira, papá, dijo el niño sin experiencia, cómo algunas de las cañas del trigo tienen la cabeza erguida y altiva ; sin duda serán las mejores y las más distinguidas : esas otras de su alrededor que la bajan casi hasta la tierra, serán, seguramente, más inferiores.

El padre cogió algunas espigas y dijo :

— Mira bien, hijo mio : ¿ ves estas espigas que con tanta altivez levantan la cabeza ? Pues están enteramente vacías. Al contrario, estas otras que la doblaban con tanta modestia, están llenas de hermosos granos.

### XXV.

#### LOS GUISANTES.

Un jugador de manos pidió per-



miso de hacer sus suertes y habilidades delante de un Príncipe, ofreciendo ejecutar un juego que no se habia visto jamas otro igual. Consintió el Príncipe, y nuestro hombre se presentó llevando una escudilla llena de guisantes mondados y puestos en agua. En seguida dijo á uno que cogiese una aguja y se pusiese á algunos pasos delante de él, y despues se puso á arrojarle los guisantes uno tras otro con tal destreza, que todos iban enfilandó en la aguja.

El Príncipe le dijo:

—Amigo, concibo el trabajo que habrás tenido, y el mucho tiempo que habrás empleado para llegar á adquirir tan prodigiosa destreza; justa es la recompensa.

Y despues habló bajo á uno de sus gentiles-hombres, que salió y volvió trayendo un saco muy pesado. Entónces el titiritero se puso muy contento, imaginándose que aquel saco estaba lleno de dinero.

Cuando por órden del Príncipe abrieron el saco, se vió que en él habia..... guisantes.

—Como tu talento, le dijo el Príncipe, no es de alguna utilidad para la sociedad, y por consecuencia, no recibirás recompensa, podria suceder que te llegasen á faltar guisantes; así, creo que lo mejor que puedo darte es una buena provision de ellos.

## XXVI.

### LAS LENTEJAS.

Habia una vez un hombre muy

rico que vivia con mucha economía y parsimonia. No comia más que lentejas, porque las miraba como el alimento más barato y más nutritivo. Además, á fin de no gastar sino lo estrictamente necesario para no morir de hambre, contaba todos los dias las lentejas una á una para ponerlas en el puchero.

Divirtiéndose así en contar sus lentejas, se olvidó de ocuparse de sus negocios y sufrió considerables pérdidas. Miéntas se ocupaba en el vano y tacaño cálculo de sus lentejas, su criado le robaba poco á poco más de un saco de trigo. Por fin, aquel hombre rico murió pobre.

## XXVII.

### EL LINO.

Una señora rica, que cultivaba lino en sus haciendas, queria mejorar esta produccion. Un hombre, que se ocupaba en el comercio de este artículo, se presentó ante ella y la dijo:

—Déme V. un saco de su simiente de lino, cuya calidad no es buena, y la traeré en cambio lino extranjero, cuya especie y género es mucho más superior; pero es preciso que me dé V. un ducado encima.

La señora consintió muy gustosa en el trato.

El tratante, que era un redomado bribon, pensó para sí: —Voy á engañar á esa buena mujer, porque



la traeré la misma simiente que me da, y me habré ganado el ducado. Si despues se queja de que ha salido malo el lino, echaré la culpa al mal tiempo ó á la mala calidad de la tierra.

Trajo el lino á la señora; ésta lo recibió con alegría é hizo vaciar el saco. Cátate que de pronto se ve brillar una cosa en medio de la simiente; era una hermosa sortija de oro, y la señora exclama con sorpresa:

— ¡Pues es mi sortija! La sortija que perdí el verano pasado; preciso es que la haya dejado escurrir de mi dedo mientras andaba ocupada en mondar mis granos. Despues, dirigiéndose al mercader, le dijo:

— ¡Usted es un bribon, y acabo de descubrir su picardia; V. me trae mi propio lino por lino extranjero: en lugar de pagar á usted un ducado, yo se lo haré pagar á V. en pago de su mala fe.

En efecto, fué condenado por el alcalde á ir á la cárcel, y este negocio perjudicó tanto á su reputacion, que se vió obligado á abandonar su comercio.

## XXVIII.

### EL TESORO ENTERRADO.

I. En una comarca, muy léjos, muy léjos de aquí, comparecieron un dia delante de un juez dos aldeanos. El uno de ellos habló así:

— Mi vecino, que está aquí, me ha vendido una tierra, y al la-

brarla he encontrado en ella un tesoro. Mi conciencia no me permite guardarlo, puesto que yo no he comprado más que la tierra, y no tengo derecho alguno sobre el tesoro.

El otro aldeano dijo:

— Pues mi conciencia tampoco me permite tomar ese oro y esa plata, porque yo no soy el que lo ha encontrado, y por consecuencia, no me pertenece de ningun modo. A vos os toca, señor, decir á quién pertenece el tesoro.

El juez respondió:

— Sé que el hijo de uno de vosotros y la hija del otro tienen intencion de casarse; no teneis más que dar el tesoro á los muchachos, á fin de que les sirva de dote y gastos de establecimiento.

Los dos honrados labriegos prometieron conformarse con este consejo, y se volvieron á sus casas llenos de contento y alegría.

II. Un extranjero que casualmente se hallaba presente á este juicio, mostró la mayor sorpresa.

— En mi país, dijo, el negocio se hubiera terminado de otro modo; el comprador no hubiera pensado de manera alguna en dar ni un ochavo al otro, y por esta razon se hubiera guardado bien de divulgar el descubrimiento. Si á pesar de esto se hubiera traspirado el secreto, el vendedor le hubiera demandado en justicia, y hubiera reivindicado su tesoro. Entónces se hubiera formado un proceso que habria costado más que lo que valia todo el hallazgo.



Al oír esto, el juez, muy asombrado, preguntó:

—¿Luce el sol también en ese país?

—Sí señor, respondió el extranjero.

—¿Y cae también allí la lluvia?

—Seguramente.

—Pues es sorprendente. ¿Hay también en vuestra tierra ovejas y vacas?

—Tenemos numerosos rebaños de ellas, respondió el extranjero.

—Pues bien, exclamó el juez; sin duda por esos inocentes animales hace Dios que resplandezca el sol allí y que caiga la lluvia benéfica, pues los hombres no merecen sus beneficios.

## XXIX.

### EL GUARDACANTON.

Habitaba Ulrico una linda casa rodeada de una mullida pradera de césped llena de árboles-frutales. Confinaba aquel vergel con un prado perteneciente al vecino. Ulrico, poco escrupuloso de conciencia, quiso ensanchar su propiedad á expensas del otro, y trasladó cuidadosamente el mojón ó hito que servía para marcar los límites respectivos. Poco tiempo después de haber consumado esta usurpación, queriendo Ulrico coger unas cerezas, subió á un árbol por medio de una escalera. Cuando llegó á lo alto se cayó atrás con la escalera, que había puesto demasiado recta, y se rompió la nuca dando la cabeza contra el mojón. Si Ulrico no

hubiera variado de su sitio el guardacanton, habría caído sobre la mullida hierba del verde prado causándose poco mal.

## XXX.

### LA CEPA DE PARRA.

Había plantado alrededor de su habitación un jardinero muchas cepas de parra, cuyas ramas y hojas cubrían la casita y producían deliciosas uvas.

Excitaron la envidia de un vecino aquellas parras, y durante la noche oscura vino á cortar muchas de aquellas cepas. A la mañana siguiente, cuando el jardinero vió mutilado su plantío, se apesadumbró mucho, porque en aquel tiempo se ignoraba todavía cuánto la poda hace fructificar las cepas.

—Lloraría de buena gana, decía el hombre, y mis pobres cepas parecen llorar también al verse tan cruelmente tratadas. Pero ¡oh prodigio! en el mismo año la parra produjo muchos más hermosos racimos y en mayor cantidad que en el año anterior.

Este incidente hizo concebir al jardinero la feliz idea de podar las parras y hacerlas más fecundas.

## XXXI.

### LA VIÑA.

Hallándose un padre á las puertas de la muerte llamó á tres hijos á la cabecera de su cama, y les dijo:

—Mis queridos hijos, yo no puedo dejaros más herencia que esta



viña cercana ; pero en esa viña hay un tesoro escondido ; cavad bien la tierra, teniendo la precaucion de no echar á perder las plantas, y lo hallaréis.

Despues de la muerte de aquel buen padre, los tres hijos se pusieron á cavar á más y mejor la viña con el mayor ardor ; empero no encontraron ni oro ni plata. Como jamas habian trabajado la tierra con tanto cuidado, sucedió que produjo tal cantidad de racimos, que se quedaron asombrados. Entónces comprendieron bien lo que su padre al tiempo de morir les habia querido dar á entender con el tesoro sepultado en la tierra.

### XXXII.

#### LOS PÁJAROS CANTORES.

Existia en cierta comarca una linda aldea, alrededor de la cual se hallaban bosquecillos y árboles frutales. Florecian en la primavera aquellos árboles, y exhalaban los más deliciosos perfumes. Sobre sus ramas, así como sobre las cercas de los alrededores, se anidaban multitud de pajarillos que hacian resonar los aires con sus alegres gorjeos. Al llegar el otoño se veian aquellos árboles cargados de manzanas, peras y ciruelas.

Pero unos chiquillos muy traviesos se dedicaron á coger los nidos de los pajarillos, y desde entónces, poco á poco, abandonaron aquella inhospitalaria comarca. No se oyó más el cántico durante las bellas mañanas de la primavera, y los jardines se convirtieron en tris-

tes y silenciosos. Las orugas, tan dañosas á la vegetacion, y las que los pájaros exterminaban en otro tiempo, se multiplicaron de tal manera y devoraron las flores y las hojas, que los árboles permanecieron desnudos y despojados como en medio del invierno. Los traviesos muchachos, que ántes tenian deliciosas frutas en aquellos árboles, no vieron ya crecer en ellos manzanas.

### XXXIII.

#### EL CANARIO.

Rogaba Antoñita á su madre que la comprase un canario.

—Tendrás uno, le respondió ésta, si constantemente eres juiciosa, dócil y aplicada; y Antoñita lo prometió.

Un dia, al volver Antoñita de la maestra, la dijo su madre :

—Voy á salir un instante. Ves sobre la mesa una cajita nueva, guárdate bien de abrirla y ni áun tocarla. Si eres obediente y cumples lo que te mando, yo te proporcionaré un gran gusto al momento que vuelva.

Apénas habia vuelto su madre la espalda, cuando curiosa la chiquilla cogió en sus manos la caja.

—Poco pesa, dijo, y veo en la tapadera tres agujeritos : ¿qué tendrá? ¿qué no tendrá?.....

Y poniéndosela en la mente la idea de que su madre no la veia, abrió la caja y un lindo canario muy amarillito se escapó de ella, y alegremente piando se puso á revolotear en el cuarto.



Quería coger Antoñita al pajarito y volver á encerrarle en su caja, para que su madre no llegase á apercibirse de nada. Hacia todos los esfuerzos por seguir de un extremo al otro del cuarto á la libre avecilla, y al fin, rendida, jadeando de fatiga se hallaba sin poder respirar, y sus mejillas le abrasaban de calor. Volvió la madre, y la dijo :

— Hija curiosa y desobediente, sabe que mi intencion era el regalarte ese canario; pero quería saber ántes si lo merecias. Despues de esta nueva prueba de tu indocilidad voy á mandar devolver inmediatamente el canario á su pajarera.

## XXXIV.

## LA MARICA.

El viejo cazador Mauricio tenía en su cuarto una marica que habia criado, y á la que habia enseñado á pronunciar algunas palabras. Por ejemplo, cuando su amo decia :

— Marica, ¿ dónde estás ?

El pájaro, perfectamente adiestrado, nunca dejaba de responder :

— Aquí está.

Carlitos, el hijo de uno de sus vecinos, la cobró mucha aficion y tenía un singular placer en verla, y venía con frecuencia á visitarle. Llegó un dia estando ausente el cazador, y se apoderó del pájaro, se lo metió en el bolsillo, y se fué á ocultar su hurto.

En aquel mismo instante volvía á su casa el cazador. Al encontrar

á Carlitos en su cuarto, quiso divertir á su vecinito, y llamó al pájaro como tenía de costumbre.

— Marica, ¿ dónde estás ?

— Aquí está, gritó con toda su fuerza el pájaro metido en el bolsillo del niño.

## XXXV.

## EL GALLO.

Una ama de casa, muy diligente y activa, despertaba todas las mañanas á sus dos criadas al primer canto del gallo. Irritáronse mucho éstas contra el pobre animal, y lo degollaron á fin de poderse quedar más tiempo en la cama. ¿ Y qué sucedió ? La vieja ama de la casa, no sabiendo la hora que era ya, las despertó desde entónces mucho más pronto, y á veces á la media noche.

## XXXVI.

## LA GALLINA.

Tenía una pobre vieja una gallina que todos los dias le ponía un huevo. No queriendo contentarse con un solo huevo, engordó la gallina creyendo así tener dos ó tres huevos al dia. La abundancia de comida la hizo engordar demasiado y dejó de poner.

## XXXVII.

## EL NIDO DE PÁJAROS.

Un chiquillo travieso y cruel divertíase en buscar por todas partes nidos, y con bárbara alegría sacaba los ojos á los pajarillos. Re-



prendíale su madre muchas veces, diciéndole :

— ¡Mal hijo, recuerda siempre lo que te pronostico : si no te corriges ten por cierto que te ha de castigar Dios!

El pícaro muchacho se reía en secreto de las reconvenciones y consejos de su buena madre, y se iba haciendo de día en día más malo.

Un domingo, en vez de ir á oír misa á la iglesia, se fué al bosque para distraerse en hacer sus acostumbradas atrocidades. Descubrió en la copa de una alta encina un grande y hermoso nido de pájaros. Al punto se encarama al árbol, trepa de rama en rama, arranca del nido uno de los pajarillos y lo arroja violentamente á tierra. Ya estaba á punto de echar la mano á los demas, cuando de pronto el padre y la madre, que eran aves de rapiña terribles, le sacaron los ojos á picotazos.

### XXXVIII.

#### LAS ABEJAS.

I. Entró un día Alberto en el jardín de un vecino suyo y vió un hermoso rosál todo guarnecido de flores. Cogió una rosa y dijo :

— Quiero respirar su aroma á todo mi placer.

Apénas habia llevado á su nariz la rosa medio abierta, cuando sintió un violento dolor. Una abeja, oculta en el cáliz de la flor, le habia picado en la nariz, porque el aturdido estuvo casi para aplastarla.

II. Alberto, que era muy colérico, se irritó mucho. Juntó varios terrones de tierra y los lanzó como un furioso contra la colmena. Alteráronse de tal modo las abejas, que le atacaron en gran muchedumbre y lo acribillaron de picaduras, de manera que cayó peligrosamente enfermo. Tuvo que sufrir dolores terribles, y con mucho trabajo y pena lograron y consiguieron salvarle la vida.

### XXXIX.

#### LAS MOSCAS Y LAS ARAÑAS.

— ¿Con qué miras ha podido crear Dios las moscas y las arañas? decia con frecuencia un príncipe niño. Semejantes insectos de nada son útiles al hombre, y si yo tuviese poder, los haria desaparecer de la tierra.

Este príncipe se vió un día obligado, durante la guerra, á huir delante de su enemigo. Hallándose muy fatigado por la tarde, se tendió en el suelo debajo de un árbol en medio del bosque y no tardó en quedarse dormido. Fué descubierto por un soldado enemigo, que sable en mano se escurrió suavemente hácia él á fin de matarle. En aquel momento vino de repente á posarse sobre la mejilla del príncipe una mosca, y le picó tan vivamente que se despertó. Levantóse, echó mano á la espada é hizo huir al soldado.

Desde allí corrió á ocultarse el príncipe en una caverna del mismo bosque. Durante la noche, una ara-



ña extendió su tela en la boca de la caverna. Dos soldados que iban en busca del fugitivo príncipe pasaron por la mañana por delante de la gruta, y el príncipe oyó su conversacion.

— Mira, dijo el uno de ellos, aquí, sin duda, es donde se ha refugiado.

— No, dijo el otro, porque al entrar no hubiera podido hacerlo sin romper la tela de araña.

Cuando se hubieron marchado, el príncipe exclamó con emocion alzando las manos al cielo:

— ¡Dios mio! ¡cuántas gracias tengo que daros! ¡Ayer me salvasteis la vida por medio de una mosca y hoy me la conservais por medio de una araña! Sí, la más alta sabiduría ha presidido á la creacion de todas vuestras obras, aún las más insignificantes.

#### EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Fig. 1.<sup>a</sup> Niña de seis á siete años: falda de satén, adornada por delante con dos tiras de felpa blanca, por detras va toda montada á gruesos pliegues de alto abajo; casaca abierta por delante, y en los lados adornada toda al rededor de felpa en las mangas entre anchas; grandes vueltas de lo mismo; sombrerillo de felpa del mismo color del vestido; botitas de satén.

Fig. 2.<sup>a</sup> Niño de nueve á diez años; pantalon y chaqueta de paño gris, adornada de cintas negras labradas de pasamanería y boto-

nes; sombrero de fieltro negro; botitas altas de cabritilla.

Fig. 3.<sup>a</sup> Traje de señorita: vestido diagonal, de lana verde, falda plegada de alto abajo por delante y adornada de tres volantes por detras, un bies de terciopelo más oscuro sujeta los pliegues por delante de cuando en cuando, y por detras los volantes; túnica abierta por delante, adornada en ambos lados por barras de terciopelo; los bieses de lo mismo adornan las mangas, y otro forma en el cuerpo fichú por detras en dos puntas y en una por delante; sombrero de terciopelo verde muy oscuro, con pluma negra.

Fig. 4.<sup>a</sup> Niño de cuatro á cinco años: traje de lana gris, falda muy corta, plegada de alto abajo; chaqueta con esclavina; gorra de terciopelo negro con pájaro encarnado al lado; medias escocesas; botitas de cabritilla negra.

Fig. 5.<sup>a</sup> Niña de siete á ocho años: vestido de seda gris y terciopelo negro; la parte de la falda por delante es de gró gris muy oscuro, con terciopelo negro á tiras de alto abajo; la parte de detras la adornan tres volantes de seda y dos de terciopelo negro, alternando; chaquetita de gro gris con solapas y aldetas de detras de terciopelo negro, éstas muy plegadas y forradas de gro gris; sombrerillo de terciopelo negro, adornado con plumas grises; cinturón con anchas caídas al lado izquierdo; botitas grises.





BARAJA GEOGRÁFICA,  
POR DON FRANCISCO LOPEZ FABRA.

Este precioso juego es muy útil para los niños.

**Precio, 12 reales.**

Los suscritores á LOS NIÑOS y á LA PRIMERA EDAD pueden obtenerlo por la mitad del precio.

MADRID, 1873.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de ARIBAU y C.<sup>ª</sup>,  
sucesores de RIVADENEYRA.—Calle del Duque de Osuna, núm. 3.